

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo
DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus mi-
sit me».

«Me envió el Señor á evangeli-
zar á los pobres».

Luc., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 12 Mayo 1906.

Núm. 19.

Catequística.

(Continuación).

Tenemos también el testimonio del pueblo judío y del romano, que en aquel entonces dominaba la Judea; los cuales á una reconocen que Jesucristo obraba milagros. ¿Qué hacemos, se decían los fariseos, porque este hombre hace muchos signos (1) ó milagros, y, si lo dejamos continuar así, vendrán los romanos y se apoderarán de nuestro lugar y de la gente? (2). Pues, cuando la resurrección de Lázaro, dice el texto de los Evangelios, que había allí muchos judíos amigos de la familia, y que hablaban entre sí de esta manera: «¿No podría este (Jesucristo), que abrió los ojos del que nació ciego, hacer que Lázaro no hubiese muerto? (3). Pero el testimonio más público y más elocuente de los muchos milagros realizados por Jesucristo lo dió el pueblo judío, en unión con el romano, en el solemne momento de la crucifixión y muerte de Jesús.

Pues allí se dice que había una grande multitud, compuesta de sacerdotes, de escribas, de fariseos, de centuriones y de todos los pueblos de la Judea y Galilea y de las ciudades comarcanas, y se dice que todos insultaban con frecuencia á Jesucristo, incluso los dos ladrones, á su lado crucificados, diciéndole: «Ha hecho salvos (ha curado) á otros muchos, y á sí mismo no se puede salvar. Si es Hijo de Dios descienda ahora de la Cruz y

(1) Los milagros se llaman también signos, porque su acción externa es signo de la divinidad, que queda oculta.

(2) Joan., 11, 48.

(3) Joan., 11, 37.

creeremos en Él» (1). ¡Infelices! Quieren poner á Jesús, Señor del universo, condiciones para creer en Él. No quiso Jesús bajar de la Cruz; pero ¿qué dirían al presenciarse en su muerte aquel espantoso trastorno, que, en señal de luto por la muerte de su Criador, sufrió toda la naturaleza? Ya sabemos lo que decían: Volvían hacia Jerusalén asustados; y, dándose golpes de pecho, exclamaban, obligados por el remordimiento de su conciencia: «Verdaderamente este era el Hijo de Dios».

Claro testimonio dieron también los príncipes de los sacerdotes de los milagros de Jesucristo cuando, no pudiendo, negar la resurrección de Él, trataron de sobornar á los guardas del sepulcro, para que dijeran que, estando ellos durmiendo, habían venido los discípulos de Jesús y habían robado su cuerpo. ¡Qué insensatez! ¡Robado el cuerpo de Jesús! Pero ¿no vieron que Jesucristo andaba sano y salvo, por espacio de cuarenta días, en medio de sus discípulos y aun del pueblo, y que se apareció á más de quinientos en una ocasión; y á su Madre y á los Apóstoles y santas mujeres con mucha frecuencia?

Por último, otro testimonio, nada sospechoso para los enemigos de Jesucristo, y que prueba la verdad histórica de los milagros por Éste realizados, es el fundado en lo que ya dijimos antes, y que ahora nos contentaremos con indicar: esto es, en las comunicaciones oficiales que los gobernadores de Judea remitían á los Emperadores romanos, en las que les hablaban de un hombre extraordinario, de vida santa, de doctrina elevada, que había obrado muchos milagros y que había sido crucificado por envidia de los judíos.

Mas, no fueron sólo el pueblo judío y el romano los que dieron prueba de los milagros de Jesús, lo fueron también todos los pueblos vecinos del pueblo judío, y aun podemos decir todos los pueblos del mundo entonces conocido. Pues cosa es bien conocida que de todos los vecinos pueblos, hasta de Tiro y Sión llevaban muchos enfermos á donde estaba Jesús, para que imponiéndoles las manos los curase, como en efecto los curó; y á la fiesta de la pascua iban también á Jerusalén de todos los pueblos gentiles, movidos por la fama de los milagros de Jesús, y con deseos de ver su adorable persona. Y, por lo que se refiere á todos los

(1) Mateo, 27; 42 y 54, y lo mismo los otros Evangelistas.

pueblos del entonces mundo conocido, que era dominado casi en redondo por las Aguilas romanas, ¿quién puede dudar que creyeron en los milagros de Jesús, pues, movidos por el esplendor que ellos irradiaban sobre las inteligencias, en virtud de la narración de los que los habían presenciado, se convirtieron á la luz de la verdadera fe? Y ¿cómo puede ni siquiera imaginarse que todos aquellos fieles convertidos de toda tribu, y lengua y nación habían de ser engañados respecto de los milagros de Jesús, cuando hubieran podido desengañarse por sus propios ojos? ¿Serían ilusos los cinco mil, de toda clase de pueblos, que se convirtieron con la predicación de San Pedro? No cabe, pues, otro camino que admitir la realidad de los milagros de Jesucristo cuya grandeza y número brillaban con tanto esplendor que sus rayos iluminaron el mundo entero, y atraído por ellos, y bajo la influencia de la divina gracia, el mundo ha entrado en el seno de la verdadera religión.

Dicho esto, ¿á qué traer aquí otras pruebas? Las hay abundantísimas y llenas de luz y de persuasión; pero, como unas están dichas ya al tratar de la existencia de Jesucristo y otras habrá que traerlas por extenso más adelante, contentarémonos ahora con indicarlas.

Entra aquí el testimonio de la Iglesia Católica, sociedad y esposa de Jesucristo; con sus mártires, á millones; con sus confesores sin número, con sus doctores, teólogos y críticos en abundancia; con las solemnidades de su culto en el cual conmemora los tres grandes milagros de la Transfiguración, Resurrección y Ascensión de Jesús; con la lectura de sus Evangelios en donde se relatan los milagros principales de su vida; y con todas sus obras, y con su propia existencia, indefectible en medio de la lucha del mundo, pues su permanencia y pujante virilidad es el mayor de los milagros en expresión del Aguila de Hipona, y es, á la vez, prueba solidísima de los otros milagros de su divino fundador.

Entra también aquí el testimonio, por todo extremo irrecusable, de los innumerables historiadores profanos, que han examinado con escrupulosidad los milagros de Cristo, y se han visto obligados á tenerlos por reales y verdaderos (1). De los historia-

(1) Flavio Josefo, Tácito, Suetonio, y Plinio ya reconocieron los milagros y vida de Jesús.

dores católicos no puede haber duda que así lo hicieron, y no hay porque citarlos en este momento; pero los mismos y más refinados partidarios de la crítica racionalista y atea se ven obligados á admitir que Jesucristo realizó curaciones y otras obras portentosas, y superiores, á todos los conocimientos artísticos y científicos de aquellos tiempos, si bien desfigurando tales hechos y atribuyéndolos á fuerzas naturales desconocidas. Así vemos que el mismo Strauss admite que «obró curaciones en las cuales nosotros nos atreveríamos quizá á hallar alguna analogía con las producidas por la fuerza magnética» (1). Holtzomann admite también que las curaciones obradas por Jesús, fueron hechos reales; y lo mismo afirman Hausrath y Hase y otros varios, aunque atribuyéndolas estos últimos á la influencia psíquica (del alma), á la excitación nerviosa, ó á la preponderancia de la persona de Cristo.

Para nuestro intento nos basta que los críticos racionalistas confiesen la realidad de los milagros de Jesús. El atribuirlos á fuerzas físicas ocultas es una salida de mal tono, hija de la desesperación por no poder negar la verdad de los hechos. ¡Los milagros hijos de fuerzas naturales ocultas!

¿Pero hay fuerza natural, aunque esté escondida en el centro de la tierra, que pueda resucitar á un muerto, cuyo cadáver está ya corrompido? y ¿esto hacerlo con sólo la palabra? Jesucristo para resucitar á Lázaro no hizo más que decir: ¡Lázaro! sal afuera (del sepulcro). Se soltaron las ligaduras y echó á andar; y después vivió y comió en compañía de muchos; y llegó á ser obispo, según algunos. Pues ¿por qué no van los magnetistas é hignotistas á los cementerios y exclaman como Jesucristo: ¡Muertos! salid de los sepulcros? ¡Infelices! Ya podían dar tantas voces como dieron los falsos profetas en presencia de Elías, en aquel célebre desafío para que bajara fuego del cielo; pues ni allí bajó fuego á las voces de los profetas falsos, ni aquí saldría muerto alguno de su sepultura.

En el afán inicuo de negar los milagros, no ven estos desgraciados que, sin sospecharlo, vendrían á reconocer el mayor de los milagros, y la divinidad de Jesucristo. Porque, si las obras extraordinarias de Jesús, á que nosotros llamamos milagros, no se pueden negar, deben confesar que sería inaudito milagro, que un

(1) *Polém.*, 3.º pg. 153.

hombre, que no había estudiado con nadie, que se sepa; que no había aprendido letras, como dijeron los judíos, en ninguna escuela; que siempre vivió retirado en Nazaret, y al lado de un pobre carpintero, supiera tanto en artes y en ciencias, y especialmente en medicina, que superase en infinitos grados, no ya sólo á todos los hombres de aquel entonces, mas también á todos *los sabios que en el mundo han sido*, en grados infinitos de toda clase de conocimientos hasta la aparición de Strauss en el palanque científico; y que, por lo que se ve, lleva trazas de superar á todos *los sabios que en el mundo han de ser* hasta la fin de los siglos. ¿No les parece á los críticos racionalistas que ese milagro sobrepujaría á todos en grandor? ¿Cómo explica su *sabia* crítica ese extraordinario fenómeno ó mejor, *noúmeno*; pues es una evidente realidad? ¿Cómo explicar que en el mundo desde Adán acá no haya habido un portento de ciencia como el de Jesucristo que, sin abrir un libro, y siendo toda su vida hasta los treinta años un solemne holgazán (*sit venia blasphemiae*), supiera tanto, que al parecer, sabía todo lo que se puede saber? Nada se podrá responder á esto.

Ved ahí, pues, cómo el negar los milagros verdaderos de Jesucristo conduce á las más paradógicas consecuencias.

La recta razón y las reglas de la buena crítica dictan, de común acuerdo, que quienes con mayor fundamento y mejor conocimiento de causa pueden examinar y juzgar de la realidad de los hechos son los sabios contemporáneos de los sucesos, cuyo juicio van á formar. Luego hemos de atenernos al juicio que de los milagros de Jesucristo formaron los hombres de aquellos tiempos, en especial los que los presenciaron.

Ahora bien, los milagros de Jesucristo fueron muchos en número; fueron tan portentosos, que causaron la admiración del mundo; fueron públicos, y muchos presenciados por miles de personas; fueron tan marcadamente claros que no había medio de ocultar la verdad del milagro; pues con sólo su palabra, y aun con sola su voluntad, sanaba los enfermos, apaciguaba las tempestades y resucitaba los muertos; fueron algunos de ellos realizados á mucha distancia del lugar donde estaba entonces Jesús; fueron tan perfectos, que todos los enfermos quedaron instantáneamente sanos, y de tal modo que no volvieron á recaer en toda su vida en aquella enfermedad; y, aunque es cierto que algunas veces usó en las curaciones de ciertos medios materiales,

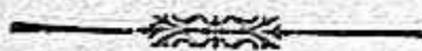
como de la saliva, del lodo, de la imposición de las manos y de otros análogos, no cabe duda que estos medios sólo tenían una significación mística, pero no virtud curativa.

¿Cómo es que á los sabios de aquellos tiempos no se les ocurrió negar tales milagros, ó, á lo menos, explicarlos por causas naturales? Muy ignorantes y muy fanáticos hay que suponerlos para juzgar que creyeron á ojos ciegos y por sólo el relato de algunos pobres pescadores los milágrs de Jesucristo; y, en verdad, que no hay derecho en buena crítica para formar de ellos tan ofensivo juicio. Mucho menos, cuando los príncipes de los sacerdotes, los fariseos, los saduceos y la plebe, hasta el mismo Pilatos, se mostraron tan interesados en presentarlo como impostor y con causas para condenarlo á muerte. Y, sin embargo, no se atrevió nadie á negar sus milagros, sólo le echaron en cara que arrojaba los demonios en nombre de Belcebú (1). Pero deshizo el Señor tan valientemente esta calumnia que no les quedó gana de inventar otras. Y para condenarlo á muerte hubieron de apoyarse en una grandísima verdad confesada á diario y con toda la fuerza de su espíritu por el mismo Jesucristo: verdad que los judíos reputaron como horrenda blasfemia. Hubieron de condenarle porque se hacía lo que en realidad era: Hijo de Dios.

Luego, según los buenos caminos del recto criterio, hemos de atenernos á lo que los contemporáneos de Jesucristo juzgaron respecto de sus milagros; es á saber, que fueron milagros verdaderos. Y hemos de tener por harto ridículo que nos vengan los mal llamados sabios racionalistas, de esta nuestra tempestad moderna, á atronarnos los oídos, después de diez y nueve siglos, con la descompuesta cantinela que aquellos milagros son efectos naturales de fuerzas ocultas; productos del sistema nervioso, ó maravillas del hipnotismo y del magnetismo.

A quien no este imbuído de prejuicios anticristianos, ó ateos, mejor diré, al que no quiera cerrar los ojos á la luz de la historia, no le puede caber duda de que Jesucristo obró realmente muchos milagros, y que tales milagros fueron verdaderamente obras superiores á todas las fuerzas, tanto manifiestas, como ocultas de la naturaleza.

(1) No se nos oculta que los Talmudistas Celso y algún que otro escritor atribuyen á artes mágicas los milagros de Jesús. Pero los Talmudistas trataban de cohonestar el deicidio; y Celso fué refutado por Orígenes.



Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica IV después de Pascua.

Según el Evangelio de la presente Dominica (S. Juan, cap. XVI, v. 5, 15), hallábanse tristes y acongojados los Apóstoles porque Jesús les había dicho que tenía que ir al Padre, y Él, para animarles y consolarles, promételes enviar sobre ellos, cuando se vaya, el Espíritu Paráclito, que les enseñará toda verdad.

En el estilo de las Sagradas Escrituras la verdad por antonomasia es la verdad revelada; de suerte, que al decir Cristo nuestro Señor á sus discípulos que el Espíritu Santo les enseñará toda verdad, quiere significarles que les inspirará y enseñará toda la revelación, ó lo que es igual, todo lo que hayamos de creer.

Y pues, si es el Espíritu Santo quien enseña á los Apóstoles, á la Iglesia, lo que debemos creer, ¿quién se atreverá á censurar nuestra fe? ¿Con qué fundamento, con qué derecho se afirmará que nuestra fe no es lógica ni racional? Racional y lógico es creer lo que se halla atestiguado por un hombre fidedigno. Luego racional y lógico será creer lo atestiguado y revelado por el Espíritu Santo, que es Espíritu de verdad y, por consiguiente, ni puede engañarse ni engañarnos ó mentirnos.

No obstante, podría objetarnos algún incrédulo: «Cuando afirmo que no es racional la fe católica, la fe que profesáis los cristianos, no quiero decir que sea irracional admitir y creer lo que Dios ha revelado, puesto que es una verdad palmaria y á todas luces evidente que si Dios revela ó enseña algo, hay que creerle; lo que sostengo es que Dios no ha revelado lo que creéis los católicos, porque, aunque quisiera, no podría enseñar ó revelar los misterios, ya que éstos son imposibles, y por consiguiente absurdos, y Dios, que es infinitamente sabio, no puede revelar ni enseñar ningún absurdo».

Y ciertamente. Puesto que Dios es el ser más perfecto que podemos imaginar, debe ser infinitamente sabio, y por tanto no podrá enseñar ningún absurdo; pero, por esto mismo, en vez de concluir como los racionalistas que no puede Dios revelar misterios, sostenemos que éstos no son imposibles ni absurdos, ya que consta con toda certeza que es Dios mismo quien ha revelado los misterios de la Santísima Trinidad, de la Encarnación del Verbo y otros. A los incrédulos, pues, que discurren de esta manera: «El misterio es absurdo, luego Dios no lo ha revelado», podemos muy bien contestarles los católicos, fundándonos precisamente en el hecho de la revelación: «Dios, de hecho, ha revelado distintos misterios. Luego éstos ni son imposibles ni absurdos».

Pero, aun cuando prescindiéramos del hecho de la revelación, la razón es la que demuestra la posibilidad del misterio, viniendo

de esta suerte al suelo la principal, por no decir la única dificultad que los racionalistas presentan contra nuestra fe.

Y si no, vamos á ver: si Dios existe será infinitamente perfecto; si es infinitamente perfecto, no podrá ser comprendido por entendimiento creado alguno; si no puede ser comprendido por ningún entendimiento creado, siempre existirán en El perfecciones y verdades ocultas y misteriosas para el hombre. Luego, si Dios existe, el misterio será posible. Negar, por consiguiente, su posibilidad, equivale, ó á negar que Dios exista, y esto es ir contra la razón que lo demuestra, ó á endiosar al hombre, y esto es tan evidentemente absurdo que ni refutación necesita.

Y no es que tratemos de exagerar la debilidad del humano entendimiento; no es que queramos deprimir y humillar la razón humana; no es que neguemos que el hombre sea perfectible. El hombre no sólo puede, sino que debe perfeccionarse continuamente, pero, aunque mucho se perfeccione, aunque le supongamos en el último límite de su perfección posible, siempre será hombre, nunca la naturaleza humana llegará á ser naturaleza divina, y por consiguiente siempre habrá entre Dios y el hombre, entre la naturaleza divina y la humana, la distancia que hay de lo infinito y eterno á lo finito y creado. Luego siempre será posible el misterio.

Pero dejemos todas estas metafísicas porque, después de todo, no las necesitamos para demostrar que nuestra fe es lógica y racional: A nosotros, para convencernos de que obramos racional y prudentemente al creer lo que la Iglesia nos enseña, nos basta saber lo que nos enseña el Evangelio de hoy, es decir, que los Apóstoles aprenden toda la verdad por inspiración del Espíritu Santo; y, sobre todo, nos basta fijar un poco la vista sobre esa institución veinte veces secular que se llama Iglesia Católica.

Esta, en efecto, demuéstrase obra evidentemente divina por la pureza y santidad de su doctrina, por los milagros que la confirman, por su rápida propagación entre tantas y tan crueles persecuciones y por el perenne milagro de su conservación entre tantos obstáculos y enemigos. Humanamente hablando no era posible que unos pocos hombres, destituidos de toda clase de medios, lograran convencer, no sólo á la plebe, sino que también á los más sabios, elocuentes, poderosos, nobles y ricos del mundo á que, abandonando sus antiguos ídolos, abrazaran una nueva religión completamente opuesta á todas nuestras pasiones. Por esto decía aquel gran genio africano, el sapientísimo San Agustín: «O la Religión cristiana se halla confirmada por milagros ó no. En el primer caso es claro que es obra divina, y por tanto debemos todos abrazarla. Y si no tiene milagros que la confirmen, ¿qué mayor milagro que el haberse propagado tan rápidamente sin ellos por todo el mundo? Luego hay que confesar que la Iglesia Católica es obra verdaderamente de Dios». Y si la Iglesia

es obra divina, ¿procederemos racional y prudentemente abrazando, admitiendo y creyendo todo lo que ella nos enseña?



Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

Por lo que llevamos expuesto fácilmente se comprende lo que es oración mental, ó meditación. Así es, que en un sentido amplio podemos decir que no es otra cosa sino lo que escribió la Doctora de la oración (1). «Entender lo que hablamos, y con quién hablamos, y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor; pensar esto y otras cosas semejantes, de lo poco que le hemos servido y lo mucho que le estamos obligados á servir, es oración mental». De modo que todos aquellos ejercicios, en los que nos dedicamos á Dios con una advertencia plena del entendimiento, de tal manera que nos demos cuenta de lo que hacemos, es oración mental. Porque, siendo preciso el acto del entendimiento, y quedando la conciencia satisfecha de haber cumplido lo que la ley moral ordena, como ésta es una derivación de la ley eterna, al obrar en conformidad con dicha ley, oramos. Así es que todos podemos orar, aun aquellos que están dedicados á la vida activa completamente: lo mismo el labrador, que pasa el día entero arrojando á la tierra la semilla, para un día recoger el fruto de su trabajo, que el minero sepultado en las entrañas de la tierra para robar á ésta los metales que en su seno esconde. Todos, por tanto, podemos tener siempre oración.

Mas hay otra oración mental, á la cual especialmente nos referimos, y que es considerada en su sentido estricto y más propio. No es aquella oración celestial, divina, de la que habla San Alfonso Rodríguez, cuando escribe (2): «No solamente no se puede declarar esta oración, ni enseñar á otros; pero ni vos mismo os habéis de querer poner en ella, ni levantaros á ella, si Dios no os levanta y os pone, y os sube á ella», porque es una gracia particularísima del Señor el llevar á un alma á la *bodega del vino* (3), para hartarla y embriagarla de su amor, sino que esta oración,

(1) *Cam. de perf.*, XXV.

(2) *Ejerc. de perf.*, Part. I, Trat. V, cap. 4.

(3) *Cant. cant.*, II, cap. 4.

de que hablamos, es una oración ordinaria que pone en acción á las potencias del alma, según ciertas reglas determinadas por la ciencia ascético-mística. Pues si el alma ha de ocuparse, tanto la memoria, como el entendimiento y la voluntad han de tomar parte en la meditación.

Veamos, pues, lo que debemos hacer para tener oración mental ó meditación.

El P. Granada lo dice sintéticamente en estas palabras suyas, que transcribimos (1): «Antes que entremos en la meditación, es necesario aparejar el corazón para este santo ejercicio, que es como quien temple la vihuela para tañer. Después de la preparación se sigue la lección del paso, que se ha de meditar en aquel día... Luego se sigue la meditación de lo que se ha leído: dónde debemos recogernos á considerar, rumiar y pensar con la extensión que pudiéramos, lo que hemos leído, con intención de sacar los afectos y deseos de que necesita el alma para apartarse del vicio y seguir la virtud. Después de la meditación se puede seguir un devoto hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, y luego el ofrecimiento de toda nuestra vida y de la de Cristo Nuestro Salvador, en recompensa de nuestros pecados y beneficios recibidos. La última parte es la petición, en la cual pedimos todo aquello que conviene, así para nuestra salud, como para la de nuestros prójimos y de toda la Iglesia».

De donde sacamos «seis cosas que pueden intervenir en la oración», y son: preparación, lectura, meditación, acción de gracias, ofrecimiento y petición; de las que dice el mismo autor en el lugar citado: «Bien veo que ni todas estas partes, ni este orden es siempre necesario; mas servirá esto para los que comienzan». Y como nosotros escribimos para principiantes, según lo reclama el carácter de esta Revista, de estas seis cosas escribiremos, aunque no sea con demasiada extensión.

Preparación. Además de la preparación remota que tiene su fundamento en el deseo de la perfección, hay otra próxima, que es á la que nos referimos. A esta alude especialmente la Sagrada Escritura, cuando dice (2): «Antes de la oración preparad vuestra alma y no seáis como hombre que tienta á Dios». Porque si nos disponemos á practicar este ejercicio sin la reverencia y atención

(1) De la oración y meditación, cap 2.

(2) Eccli., XVIII, cap. 23.

que de nosotros exige Dios, ¿cómo podremos obtener fruto? Sería tentar á Dios el querer recibir mercedes abundantísimas sin acercarnos á Él con el respeto que merece. Por eso con su gracejo peculiar recomendaba Santa Teresa á sus hijas cómo habían de presentarse al Señor. «No hemos de llegar, dice la Mística (1) á hablar á un Príncipe con el descuido que á un labrador, ó como á un pobre, como á nosotros, que como quiera que nos hablen, va bien».

(Continuará).



CUENTO

Margarita la Tornera.

Lo leí en Scaramelli y me impresionó vivamente; lo vi desmenuzado en Zorrilla y me admiró la bondad y amor de María Inmaculada para con sus hijos, y como estamos en el mes que á Ella consagramos, me han de permitir mis lectores que se lo recuerde.

Desde su más tierna edad había estado en el convento y en él pasaba Margarita suavemente sus años lejos del mundo y sin más aspiraciones que el altar y el torno, pues era Tornera. No sabía del encanto de los placeres terrenales, ni de las luchas por adquirir un puñado de oro, ni de las bajezas por conquistar un grado más de gloria, pero era feliz porque nada apetecía.

Pero hasta la misma soledad del claustro llega el silbo de la astuta serpiente, y por esta vez fué un joven calavera el que, aparentando piedad, llegó á tener ocasión de hablar á solas con la monja, aunque de cosas santas, lo cual no obsta para que al fin se deslizara arteramente con esta misteriosa pregunta: ¿No os habéis mirado jamás al espejo?

La pregunta no dejaba de ser atractiva y algo más.

El espejo dicen que es el único amigo que dice la verdad; pero ¡ay! que no siempre la verdad puede decirse, y hay verdades tan amargas y dejan tan fatales dejos en el corazón...

La joven se miró una y otra vez y se pareció hermosa y lamentó que su hermosura estuviera encerrada entre cuatro paredes.

(1) *Cam. de perf.*, cap. 22.

No fué esto obra de un día ni de dos, porque en tan poco tiempo no caen los cedros del Líbano, pero el demonio no se para en el mucho ni en el poco tiempo, busca el fin y se propone conseguirlo á cualquiera costa.

En otra visita el joven perdulario engañó á la pobre tortolilla mintiéndole que había hombres revolucionarios que iban á destruir el convento y matar á las monjas.

Margarita que ya no mandaba en su corazón, lo puso en manos de aquel hombre.

Como estas entrevistas á solas pudieran efectuarse, las crónicas lo callan y sólo dicen que á las dos de la noche había de ser la fuga de los amantes.

¡Pobre Margarita! Habíanle hecho soñar con un mundo ficticio y tarde lo conocería.

Se decidió á huir del convento y antes de poner los pies fuera del claustro acertó á mirar en él la imagen de María Inmaculada; aquella imagen bendita ante quien se postró tantas veces, cuya luz encendió á su altar, poniéndole ramos de olorosas flores.

Sintió la última llamarada de amor y se vió arrastrada á postrarse junto al altar, exclamando:

—Bien sabes, María, que me es preciso abandonar tu santa casa donde tanto he gozado; pero bien sabes cuánto lo siento, únicamente por ti, pues nadie queda en el convento que te ame como yo te he amado; y al partir, estas flores que yo con tanto entusiasmo te traía se marchitarán y nadie se acordará de reemplazarlas, y se apagará esta luz y no verán tu divino rostro los que delante de ti pasen. ¡Qué pena me embarga, Madre mía! No te olvides de mí. Aquí te dejo estas llaves; elige otra tornera á tu gusto que te ame tanto como yo. Adiós. Quiera el cielo que á vernos volvamos.

Partió Margarita. Se bañó en plareres, coronó su frente de rosas y siemprevivas y se olvidó de la Virgen.

A los pocos meses de ella se olvidaba su amante y sola y abandonada corría presurosa á la ciudad, no en busca de María, sino tras el infame robador de su honra.

Oscura y lluviosa la noche tuvo que refugiarse en un convento. Era el suyo.

Una monja con ruido de llaves cerraba puertas, y al aproximarse á Margarita, le dijo:

—Si queréis quedar aquí para guareceros del temporal, lo diré á la superiora.

—No, dice Margarita, enamorada de la monja, habladme vos y esto me basta.

—¿Qué queréis?

—¿Cuál es vuestro oficio?

—Tornera.

—¡Tornera fuí yo en este convento!

—¿Cuántos años sois tornera?

—Dos años y tres meses.

—¡Dos años estuve yo, y tres meses hace que lo abandoné!

—¿Cómo os llamáis?

—Margarita.

—Mi mismo nombre.

Cayó atónita la monja, viéndose delante de sí misma y escuchó una voz que decía:

—Te encomendaste á mí y no te abandoné. Me dejaste las llaves y he hecho tus veces sin que nadie en el convento advierta tu ausencia, y pues hice tu gusto, haz tú mi voluntad. Vive aquí feliz y contenta y sé tan pura como yo. Yo soy la Concepción Inmaculada.

Desde aquel día vivió para Dios solamente Margarita la Tornera.



Liturgia.

(Conclusión).

Mucho antes de la fecha que acabamos de indicar, algunos cristianos, lejos de detestar los excesos y profanaciones á que se entregaban los paganos en las calendas de Enero, concluyeron desgraciadamente, aunque triste sea el decirlo, por imitarlos. Los Padres de la Iglesia, y entre otros muy especialmente San Agustín, se opusieron enérgicamente á dichas profanaciones; pero, á pesar de ello, no dejaron de trasmitirse de siglo en siglo, siendo muy difícil indicar hasta qué punto, sobre todo en Francia, se extremó la locura. Llegóse á celebrar una fiesta llamada «fiesta de los locos» conocida también con el nombre de fiesta del *Deposuit*. Su fin, al instituirse, parece no fué otro que abatir el orgullo y ensal-

zar la humildad, fundándose en aquellas palabras del cántico de María: *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*. El nombre de fiesta de los locos es debido á las verdaderas locuras que se cometían, que de manera alguna pueden excusarse, ni justificarse, no encontrando otra explicación racional que la sencillez de costumbres de esta época lejana. Tenía lugar esta fiesta el día mismo de la Circuncisión, aunque más tarde se trasladó al de Epifanía. Consistía en elegir en la misma Iglesia cuatro coros de bailarines, de los que el primero estaba formado por diáconos, el segundo por sacerdotes, el tercero por minoristas ó tonsurados y el cuarto, finalmente, por subdiáconos. Después de la danza ó baile se elegía un obispo, un abad, un rey de canónigos y hasta un papa; y á continuación los niños de coro, el clero y todo el pueblo entonaban á porfía y hasta quince veces seguidas el verso *Deposuit*. Inútilmente amenazaron los Concilios á los profanadores con los anatemas de la Iglesia: su voz no fué escuchada. Eudes de Sully, Obispo de París, en 1198, creyó que solemnizando la fiesta de la Circuncisión con mayor pompa y esplendor, lograría acabar con aquellos excesos tan vergonzosos, y únicamente permitió á los fieles la repetición del célebre verso *Deposuit*, hasta cinco veces. Por último en 1444, fueron abolidos casi por completo tales abusos, que aun nacidos, como quieren algunos autores, de pensamientos cristianos, revelan, sin embargo, poco respeto á las personas eclesiásticas constituídas en dignidad, al mismo tiempo que al lugar sagrado en que se verificaban estas fiestas, y en el que ha de resplandecer, como sabemos, la seriedad y majestad del culto.

Hemos visto que, en este día de la Circuncisión, tanto la Iglesia griega como latina, ponen especial empeño en honrar, á la vez que al divino Niño circuncidado, á su excelsa Madre la Virgen María. Nada, pues, de particular hay en que tanto el oficio como la Misa de la Octava de la Circuncisión y el de la Virgen estén reunidos en uno solo. Así vemos que en las primeras Vísperas de la Circuncisión los Salmos son los de las Vísperas de la Virgen Santísima.

En la Misa igualmente vemos que el Introito es el mismo que el de la tercera Misa de Navidad. En la Epístola nos advierte San Pablo la obligación que tenemos de santificar el tiempo que se nos ha dado, cosa que cuadra perfectamente á la renovación de año, que comienza en este día; el evangelio narra el hecho de la Circuncisión; el Ofertorio y el Communion manifiestan el poder de Jesús; y por último en las Oraciones pide la Iglesia ser purificada por la intercesión de la bienaventurada Virgen María, cuyo nombre y gloria no era razón quedasen olvidados en la solemnidad de este día, habiendo tenido tanta parte en los misterios que en él se celebran.

Procuraremos, pues, nosotros, á imitación del Niño Jesús, cir-

cuncidarnos espiritualmente, es decir, reformemos por completo nuestra vida, arrancando de nuestro corazón toda afección é inclinación viciosa, seguros que de esta manera celebraremos también con santa alegría la fiesta de Jesús y su bendita Madre, que es también la nuestra.

Noticias generales.

Velada notable. Lo fué la celebrada el día 5 de los corrientes en el Colegio de Uclés, dirigido por los RR. PP. Agustinos.

Profesores y discípulos rivalizaron por dar esplendor á esta fiesta, que tenía el doble objeto de celebrar el día memorable de la *Conversión* de su Santo Padre y la fiesta onomástica de su digno Director el P. Fr. Agustín Zapatero.

La concurrencia no pudo ser más escogida ni numerosa. Nuestro Excmo. Prelado y el Sr. Gobernador civil de esta provincia, invitados previamente, se vieron acompañados con júbilo de todas las autoridades locales, de representantes de la prensa de Madrid y Cuenca, Profesores de San Isidro de Madrid y clero de los pueblos limitrofes y numerosas familias de los colegiales.

Nuestro Excmo. Prelado ofició de Pontifical en la Misa solemne, en la que predicó elocuentemente el P. Bruno Ibeas, aprovechando el tiempo que le quedó libre en administrar el Santo Sacramento de la confirmación á unos doscientos niños del pueblo de Uclés y comarcanos.

Durante la velada lucieron su ingenio y conocimientos los Rvds. Padres Gabriel Pérez, Bruno Ibeas, Aurelio Martínez, Anastasio Llamera y los alumnos Francisco Abad, Timoteo Hernández, Andrés Serrano, Antonio Valbona, Román Herráiz, José Sierra, Gonzalo Córdoba, Joaquín Domínguez, Juan Ignacio Gómez, Leandro Abascal, Octavio Arteaga, Félix Carrasco, Virgilio Jábega, Pedro García Socasa y Heliodoro Muro. Todos estuvieron á gran altura en el desempeño de su respectivo cometido, así como el reputado pianista de Madrid D. Gaspar de Arabaolaza, por lo que recibieron justos y merecidos aplausos.

La velada, que terminó con hermosas palabras del Reverendo P. Director y de nuestro Excmo. Prelado, quedará grabada en la memoria de todos los que á ella asistieron, que con razón

aplaudieron los esfuerzos que los referidos P.P. Agustinos hacen por atender á la educación intelectual, moral y social de los niños á su cuidado encomendados.

Que el Señor les proteja y bendiga sus trabajos y reciban todos nuestra más cordial enhorabuena.

*** Tanto el Cardenal Prisco, Arzobispo de Nápoles, como su clero, han dado heroicos ejemplos de abnegación y caridad, socorriendo á los infelices damnificados por la lava vesubiana.

El expresado Príncipe de la Iglesia, además de ir personalmente al sitio del peligroso desastre para consolar á aquellos desventurados pueblos, ha abierto una suscripción para socorrerles, encabezándola Su Eminencia con mil liras.

*** Se acentúa cada vez más en Portugal el movimiento católico que se revela en los múltiples centros de unión católica popular, con grandes ventajas religiosas, morales y económicas de la clase obrera.

En breve se reunirán dichos centros en un Congreso general, que tendrá lugar en Lisboa, y al que se han adherido ya numerosas é insignes personalidades.



Santorial.

Día 13, Domingo. Stos. Pedro Regalado, cf.; Mucio, pbro., mr.; Stas. Argentea, vg. y mr.; Glicería, mártir.

Día 14, lunes. Stos. Pascual, pp. y cf.; Bonifacio y Víctor, mrs.; Pacomio, ab. y cf.; Stas. Corona y Enedina, mrs.

Día 15, martes. Stos. Isidro, labrador y cf.; Torcuato é Indalecio, obs. y mrs.; Stas. Dimma y Dionisia, vgs. y mrs.

Día 16, miércoles. Stos. Ubaldo,

Horodato, Donnolo y Posidio, obs. y cfs.; Simón Stock, cf.; Sta. Máxima, vg.

Día 17, jueves. Stos. Pascual Bailón, Pablo, Aquilino, Adriano y Víctor, mrs.; Sta. Basilia, mr.

Día 18, viernes. Stos. Félix, ob. y mr.; Venancio, Dióscoro y Teodoto, mrs.; Stas. Tecusa, Claudia, Madona y Julita, vgs. y mrs.

Día 19, sábado. Stos. Pedro Celestino, pp. y cf.; Ibo, cf.; Sta. Pudenciana, vg.